

#### 4. Imaginarios de la modernidad

### Comentario a la ponencia de Beatriz Sarlo

*Dora Barrancos*

CEIL - CONICET / UBA

Es encantador tratar un trabajo realizado con la pericia de Beatriz, y es conmovedor porque me permite una pequeña intersección biográfica: soy hija de un director de escuelas Lainez, de modo que me crié en un ambiente absolutamente atravesado por el símbolo letrado, "con olor a libros". Por tanto hay una serie de vivencias que me despertó el texto de Beatriz, más allá de lo cual me impuse una rigurosa objetividad, y para no distorsionar lo que yo misma pensaba, a pesar de que detesto plagiarme leyendo, voy a hacer una lectura que no es muy larga y creo que no los va a aburrir.

Fue bueno para mí ignorar cómo se originó este registro que restituye la voz a una normalista integral u orgánica, como prefiere Adriana Puiggrós (creo que se trata de una normalista integral, pero en todo caso no hay problemas conceptuales de fondo). La metarrepresentación que nos ofrece Beatriz probablemente se conforma de testimonios orales, de episodios memorísticos escritos por la protagonista, y de una fuerte dosis de intersecciones debidas a Beatriz. En todo caso, la narrativa que encontramos tiene el color de un fresco que nos repone la figura y su tiempo, hábilmente enmarcadas por discursos del período por la eficacia de notas que dan cuenta del desarrollo objetivo, institucional y educativo en el país, es-

cenario privilegiado de la subjetividad revelada por la narrativa.

Rosa del Río es una maestra acabada del normalismo militante. Ella misma es una preciosa creación de esta vasta operatoria mental y emocional de la modernidad que encontró en la ciencia y en la educación sus signos más conspicuos. Su gratitud al sistema letrado fue proporcional al ejercicio de devociones que le entregó en las tres primeras décadas del siglo. Es por lo tanto inútil y equivocado, tal como la propia Beatriz Sarlo reflexiona, reconocerla como un *robot estatal*. En todo caso, se trató de una convicta sacerdotisa porque ella misma se sentía objeto de milagros. Rosa creyó en la *sanación educativa*.

Efectivamente, algo que impacta en el relato son los encuentros con los libros, experiencia, sin duda, inducida por la madre. Estos bienes eran, en principio, escasos en las familias de inmigrantes y trabajadores, pero no por mucho tiempo, como subraya Beatriz. Pues, ya que rápidamente pasaban a obtener un lugar reverencial y no sólo en los hogares que estaban atravesados por ideologías redentoras de la clase, en donde los libros tenían un significado absolutizante. La escuela primaria creó las bases largas de institución de lo letrado, a comenzar porque el repertorio de los libros escolares,

más allá de sus orfandades estilísticas, fueron, en muchas casas, los primeros acervos que insinuaban una colección.

Me he preguntado cómo la interpelaría Julio Ricardo Barcos —libertario y luego irigoyenista sin dejar de ser libertario— creador de las alternativas educativas más radicalizadas en el mismo período en que Rosa se iniciaba en la vida docente y funcionario luego de la educación pública en el mismo tiempo en que Rosa ascendía en la carrera y se tornaba directora de esa modestísima escuela en los límites de Villa Crespo.

Este hostigador de docentes, al mismo tiempo que compañero solidario de su causa —fue el iniciador de la agremiación docente— solía decir en los años en que Rosa hacía sus primeras armas como maestra:

Desgraciadamente el magisterio de hoy, como el de ayer, como el de siempre, no ha dejado de ser uno de los gremios profesionales más sin personalidad, sin arrogancia, y sin características intelectuales y sociales. El maestro de escuela, en la generalidad de los casos, es el animal doméstico por excelencia. Sometido mansa e incondicionalmente a los dispositivos aberrantes es el encargado de perpetuar, gracias a su acción atrofiada y enervante sobre el espíritu de la niñez, todos los prejuicios y absurdos de una sociedad egoísta, fastuosa, hipócrita (Notas en *La Protesta* a partir del 27-02-1907).

¿Respondía Rosa por entero al modelo del esperpento barquiano? Seguramente no. Celebrante de todos los ritos, sin embargo, clamaba por innovación. Tenía una noción preteórica pero muy adecuada del valor negativo del aburrimiento y de los modos para eliminarlo. Quería retención escolar en años durísimos en que la matrícula se empinaba —fue notable la ampliación de la matrícula escolar en esos años— pero la deserción constituía un flagelo.

Rosa podía ignorar la base fisiológica de las emociones, tan en boga permeando la psicopedagogía de la época —Ribot o James a la cabeza—, o la fuerza atribuida a los caracteres adquiridos, y luego las versiones espiritualizadas que daban a la inteligencia de los sujetos más valor que el *culto a la vida*, como sintetizaba Juan B. Terán en aquel polémico libro *Espiritualizar nuestra escuela*. Pero, Rosa se sentía en el centro de una acción comunicante, simpática, cuyos buenos resultados, atracción de los niños y gustos de éstos por la escuela, dependían casi exclusivamente de la habilidad práctica de los maestros para renovar el interés.

Tal vez, Rosa estuviera más cerca de Barcos de lo que ella misma hubiera podido imaginar, aunque no hay en su relato ninguna mención a la protesta docente que ya se había instalado, ni a las primeras agremiaciones como la Liga Nacional de Maestros propulsada por Barcos. No hay referencias a las huelgas notables del período, me refiero especialmente a la del '19 en Mendoza de la cual salió una buena leva de maestras contestatarias, y a la del '21, desatada en Santa Fe cuando ella ingresaba a la escuela como directora y que constituye una tremenda batalla del magisterio que produce una cesantía masiva de maestros, algunos de los cuales pasaron con armas y bagajes a las alternativas libertarias que en ese momento intentaban empinarse.

No puede sorprender, sin embargo, que la vía *escuelanovista*, el activismo que se abre paso en los años veinte, le cayera como un sayo, ya que era una aventajada práctica. También fue una intuitiva en la propulsión del compromiso con el medio social que exhibió la nueva vertiente. No puede decirse que Rosa desconociera el ambiente en que vivieran los alumnos, en el que era capaz de reconocer etnias, situaciones de trabajos, problemas familiares, inclinaciones religiosas y esotéricas. Y, por lo visto,

no fueron escasas las veces que visitó hogares para predicar que los niños, “por favor”, no abandonaran su escuela. Su relato orilla la condescendencia: ella comprende que en las familias pobres los chicos mayores están casi forzados a dejar la escuela para trabajar.

Por otra parte, aun considerando el límite estrecho de su formación teórica, fue de las que a pesar del salario modesto —era una escuela de tercera categoría— viajó a Suiza para conocer personalmente las experiencias adelantadas que allí se realizaban. El ambiente suizo irradiaba renovación a partir del célebre instituto J. J. Rousseau donde luego se originaron las tesis de Piaget.

Sin que Rosa pudiera mostrar *in-extremis* las credenciales que Barcos reclamaba del verdadero docente —Barcos pedía: “que sea un pensador, un sociólogo, un psicólogo a la vez”— su confianza en el sentido casi agonístico del mandato y el gusto con el que vivía la profesión, no la dejan mal parada.

Sarlo pinza dos hechos protagonizados por Rosa que son, como ella misma ha explicado, condensadores simbólicos suficientes. Uno de ellos cae en la red metonímica del “decoro”, axiología que emparenta *representación social de la profesión*, por un lado, y *representación moral del oficiante*. Espantada por la idea de que los niños empiojaran su escuela (es necesario imaginar la humillación moral consecuente más que el tributo al problema sanitario), tomó la decisión de rapar la cabeza, en un acto que nos sacude profundamente. Es evidente que sólo lo hizo con los varones, cuestión incisiva de género que ahora suspendemos, auxiliada por el peluquero del barrio y el portero.

Esa intromisión, como bien señala la autora, no puede descontextuarse. No podemos apelar a una línea interpretativa foucaultiana para dar cuenta de ese aconteci-

miento en ese contexto. Creo que fue muy común la existencia de la doble cero en los ámbitos educativos (en la escuela de mi padre había una doble cero para el ejercicio coercitivo de las pelambres). Desde luego, en una enorme proporción con entero consentimiento de las familias a las que, o les faltaba dinero para pagar al peluquero o les faltaba fuerzas para imponerse a los muchachos, pero creo que en todo caso simplemente desconocían el valor relativo de la libertad individual en relación con esas partes del cuerpo. Tengo dudas sobre la versión de su hermano, abogado, alertándola para la eventualidad de un reclamo. Como la memoria se construye sobre el presente, el contexto de la memoria es el hoy, estoy llevada a pensar que los reparos aparecieron posteriormente, cuando resultó muy evidente el valor dado a la propia facultad de los padres, sobre todo los de clase media, frente a otras instituciones, en especial la escuela.

Socialmente, no se había construido un valor fuerte asociado a la infancia relacionado con este tipo de desautorizaciones; todo en torno indicaba la necesidad del aseo para los niños. Hasta entre los higienistas vinculados a las tesis racionalistas, anárquicas, librepensadoras, era un lugar común que no debía permitirse el pelo largo a los varones. Ello muestra también —y hay aquí todo un tópico para quienes indagan género en orden a masculinidad— un efectivo ejercicio tendiente a significar la virilidad masculina.

El otro acontecimiento que destaca Beatriz refiere al orden metonímico de la *decoración, exteriorización, celebración, estético-patriótica*. Como su escuela era humilde, con ocasión del acto patriótico, tal como lo ha relatado Beatriz, Rosa fue y adquirió, seguramente con su propio recurso, esos largos metros de cinta azul y blanca y vistió así a sus chicos con la idea de identificar

para siempre su escuela. No hay cómo disentir con Beatriz en que ese decorado de tafeta relativamente cara sirvió también para un ritual de elevación social, aunque fuera estrictamente temporario. Cada oportunidad festiva reforzaba, seguramente con nudos en la garganta, la necesidad de una búsqueda identificatoria que los símbolos recién adquiridos de la Patria estaban dispuestos a forjar. En Rosa misma, hija de inmigrantes, esta estética que glorificaba lo nacional, había calado tan hondo como la certeza de ser alguien gracias al pasaje instruccional. "Ser alguien" era lo que esperaba para cada uno de sus chicos si sabían "decorar" el alma de sentimientos patrióti-

cos tanto como podían decorar sus cuerpos. El altar de la patria era el altar de la escuela, libros y símbolos patrios.

Creo que éste es un símbolo tortuoso, responsable seguramente de lo peor y de lo mejor entre nosotros.

Aun el normalismo crítico que no abdicó jamás del apostolado sintió su compromiso social como un mandato engarzado en el más severo de los desafíos patrióticos. ¿Podremos absolverlos de su propensión a lo instituido, ellos que se pensaban instituyentes? Creo que en gentes como las "Rosas" conviene no ser patéticos, y una reserva de sentido común, tal como la que exhibe Sarlo, aconseja, más bien, la absolución. □